

Manuel Parada López de Corselas
y Laura María Palacios Méndez

Pedro Dávila y Zúñiga, I marqués de las Navas. Patrocinio artístico y coleccionismo anticuario en las cortes de Carlos V y Felipe II

Bolonia, Bononia University Press, 2020, 183 p.

ISBN: 978-88-6923-680-8

ISBN en línea: 978-88-6923-693-8

Joan Bellsollell Martínez

Universitat de Girona – Institut de Recerca Històrica

jbellsollellmartinez@gmail.com

Han pasado casi cuarenta años desde que Salvatore Settis (1984-1986) coordinó los distintos volúmenes de la magna obra *Memoria dell'antico nell'arte italiana* y desde entonces los estudios sobre historia del anticuariado se han ido sucediendo. Según se desprende de los distintos estudios aparecidos en la publicación de Settis, la interdisciplinariedad temática y sus múltiples perspectivas (histórica, artística, filológica, epigráfica, cultural...) son elementos indispensables para la comprensión y el estudio de las inercias artísticas y literarias transmitidas desde la Antigüedad hasta la época del Renacimiento. Es algo que hoy en día está fuera de toda duda y forma parte de cualquier realidad académica y científica y por ello los estudios sobre historia del anticuariado se nos presentan como ejercicios intelectuales de cierta sofisticación y erudición.

Con este preámbulo debemos situar el estudio que Manuel Parada y Laura María Palacios nos entregan acerca de los intereses culturales y coleccionistas del primer marqués de las Navas, Pedro Dávila y Zúñiga. La obra es un conglomerado de distintas temáticas, relacionadas todas ellas entre sí, que se organiza en cuatro grandes bloques: el primero (pp. 1-20), de carácter especialmente histórico, describe los ambientes familiares con el objetivo de aclarar quienes son los protagonistas y a qué dificultades se tuvieron que enfrentar para acabar siendo uno de los grandes linajes del siglo XVI. No faltan algunos detalles sórdidos como luchas fratricidas, asesinatos y clientelismos, ni tampoco grandes acontecimientos políticos y ceremoniales así como viajes por toda Europa. Todo para que el lector se haga cargo de la complejidad y la riqueza biográfica de cada individuo. El segundo bloque (pp. 21-92) se destina a descifrar toda la actividad artística fami-

liar, especialmente en lo que a patrocinio arquitectónico se refiere, en relación a los distintos palacios que la familia poseyó en la ciudad de Ávila y sus alrededores, incidiendo en el caso del palacio de Magalia. Significativamente, la política de reformas arquitectónicas tenía de trasfondo una intensa pasión por la cultura clásica, aprovechando los conocimientos que Pedro Dávila tenía del latín y sus intereses por recoger monumentos epigráficos, que eran añadidos a la construcción de sus residencias. Al mismo tiempo, el patrocinio de los Dávila repercutió en distintas comunidades religiosas en forma de fundaciones monásticas. También hay espacio para describir, sumariamente, la que podría ser una de las grandes bibliotecas del momento, elemento crucial para entender algunos de los argumentos defendidos por los autores a lo largo de toda la publicación.

El tercer capítulo (pp. 93-124) se destina a la clasificación y descripción de la colección anticuaria reunida a lo largo de los años. Bustos de emperadores e inscripciones latinas son descritos estableciendo un catálogo crítico bien delimitado, pues los autores combinan la simple descripción de cada pieza que han localizado con sus posibles orígenes y el desarrollo de sus respectivas historias externas hasta llegar a nuestros días. En estas páginas además, se comprueba como los Dávila no solo eran hábiles recolectores de piezas arqueológicas sino que también tenían el talento para despertar la curiosidad de los ambientes humanistas más selectos del momento.

Finalmente, el último apartado del libro (pp. 125-164) se dedica a desarrollar la proyección de los intereses culturales familiares hacia la eternidad, o más concretamente, sobre el proyecto artístico funerario que presidió la tumba de los marqueses de Las Navas, una lauda sepulcral, de bronce, que sirve a los autores para establecer la bonita conclusión según la cual el amor y la amistad fueron los ejes que determinaron muchos de los sucesos artísticos y culturales acontecidos en el matrimonio formado por Pedro Dávila y Zúñiga y María Enríquez de Córdoba.

Hecha una sumaria descripción de los cuatro núcleos temáticos, todos ellos contruidos desde el rigor metodológico, partiendo de un abanico de fuentes documentales considerable, conviene profundizar en algunos de los elementos clave del libro. Como decíamos, esta es una obra destinada a contextualizar la época del Renacimiento en los reinos hispánicos. En este sentido, es fundamental la descripción del contexto cortesano en el que se movieron los protagonistas, centrado en los reinados de Carlos V y Felipe II: los viajes a la coronación imperial de Bolonia, a la Inglaterra Tudor o el “felicísimo viaje” por tierras de Flandes explican la riqueza documental que supone tener un ejemplo de coleccionismo áulico como el de los Dávila, y al mismo tiempo, permiten entender la evolución del paso intelectual desde las tradiciones medievales hasta la adopción de una cultura renacentista en muchos de los ámbitos en los que se movieron los protagonistas. El resultado, como se puede comprobar a lo largo del texto, es un híbrido artístico bien característico del siglo xvi hispánico. Los Dávila no fueron una excepción y los autores se encargan de recordar que su contexto artístico contaba con otros ejemplos. El hecho de disponer de un trabajo como *La memo-*

ria de las piedras de Miguel Morán facilita el trabajo de comparación y permite a los autores centrarse en otros aspectos. Por ello, los nombres de Antonio Agustín, Diego Hurtado de Mendoza, el príncipe don Carlos, el duque de Villahermosa y Per Afán de Ribera son mencionados (pp. 115-124) como ejemplos de emulación, y lo eran, pero sorprende que no se mencionen otros casos de la primera mitad del siglo XVI, prototipos del incipiente coleccionismo anticuario, como Pere Miquel Carbonell, Lluís Desplà o Francesc Vicent, e incluso otros, algunos de los cuales fueron compañeros de los Dávila por amistad, oficio y beneficio o, simplemente, por conversación, como Gil Rodríguez de Junterón, protonotario apostólico y arcediano de Lorca (†1552), Miquel Mai (†1546), Lluís Pons d'Icard (†1578) o especialmente un personaje que sí se menciona, aunque por otros motivos, Lluís de Requesens (†1576) (pp. 102-103).¹

Lluís de Requesens Zúñiga era hijo de Juan de Zúñiga (pariente de Pedro Dávila y Zúñiga) y de Estefania de Requesens y en sus posesiones barcelonesas acumuló un gran patrimonio artístico, con algunas inscripciones epigráficas o directamente con vestigios de las antiguas murallas romanas. Es interesante que Parada y Palacios se enfrenten a las dudas que genera el origen de las piezas anticuarias, quizás procedentes de Roma en 1565 (p. 104), coincidiendo con Requesens como embajador en la Ciudad Eterna. Tal vez la respuesta a sus interrogantes se pueda encontrar, precisamente, en un personaje de este calibre. Y es que una de las virtudes de la obra que nos ocupa es la posibilidad de abrazarse a nuevas incógnitas, dejando abiertas nuevas vías de investigación. En cualquier caso la colección epigráfica reunida fue de gran importancia pues fue dispuesta de manera que pudiera ser leída siguiendo un patrón “protomuseográfico” (incluyendo la confección de un *hortus* arqueológico), a través de criterios de pura erudición (algunos claramente derivados de las enseñanzas y la lectura de Séneca y de Casiano), y levantó la curiosidad de autoridades en la materia como Ambrosio de Morales o Mariangelo Accursio, quien las documentó en su *sylloge* de 1527 (Dupré 1992).

La historia del anticuariado tiene en el estudio de las fuentes documentales uno de sus fundamentos, y más concretamente, en la relación —indispensable— entre los usos de la lectura (especialmente los clásicos latinos) y su proyección museográfica. Es por ello que, paralelamente a los estudios histórico-artísticos, si alguien se ha encargado de aportar matices a este ámbito es el campo de la filología, especialmente por el interés que ha suscitado siempre el estudio de las inscripciones epigráficas en su contexto coleccionista. En este sentido es significativo que Parada y Palacios se desenvuelven especialmente bien a la hora de fundamentar su discurso desde el punto de vista de la historia de la literatura. Desde esa perspectiva es relevante apreciar las distintas noticias sobre las lecturas

1. Algunos de estos casos se han puesto de relieve en estudios como Toldrà (2003), Noguera Celdrán (2013), Guzmán Almagro, Espluga i Ahn (2016). También merece especial atención Arias Martínez (2017).

que se frecuentaban alrededor del marqués de las Navas: por un lado, la noticia del inventario de la biblioteca (“doscientos noventa y nueve libros de latín y romance y algunos escritos de mano”) (p. 76); por otro, la aglutinación de una pequeña corte literaria que ofrecía sus servicios literarios —a través de distintas dedicatorias— a mayor gloria del linaje Dávila, emulando al antepasado Juan de Zúñiga y Pimentel, tal como ya había señalado Fernando Villaseñor.

En relación con el estudio de la biblioteca (pp. 74-78), es una lástima no contar con una descripción detallada de cada libro concreto ya que ello hubiera servido para dar mayor autoridad a alguna de las hipótesis defendidas por los autores como, por ejemplo, la definición del espacio destinado a biblioteca del palacio de Navamorcuende, descrito como un *studiolo* renacentista. Una atribución tan fascinante como esta precisa de un corpus de lecturas mucho más amplio por parte de sus propietarios que el que se desprende de las lecturas identificadas. Aun así, debemos ser conscientes de que la genérica referencia a los casi trescientos libros de la biblioteca permite muchas interpretaciones. Y al mismo tiempo, una biblioteca de este tamaño sitúa a los marqueses de las Navas entre los principales poseedores bibliófilos del momento, a la par de Alonso Osorio, marqués de Astorga, Gonzalo de Zúñiga, duque de Béjar o Pedro Fajardo, marqués de los Vélez, pero aún lejos de otros destacados nobles del momento como Fernando de Aragón, duque de Calabria o Rodrigo de Mendoza, marqués de Cenete.²

Sin duda, las aportaciones en relación a los distintos autores y humanistas que frecuentaron con la familia Dávila son uno de los puntos fuertes del trabajo. La educación latinista que recibió Pedro Dávila —era lector de Virgilio, Tito Livio, Guido delle Colonna y de Antonio de Nebrija— hizo que con los años se rodeara o tuviera relación con nombres como Juan Ginés de Sepúlveda, Garcilaso de la Vega, Honorato Juan, Jerónimo Agustín, Antonio Agustín o que pudiera patrocinar las obras de Juan de Carvajal, Francisco de Fuensalida, Álvaro Gómez de Castro y Juan de Verzosa. La influencia de estos ambientes fue tal que la heredaría Luis Dávila cuando este se relacionara con Bernardo Tasso e incluso, que se le atribuyan al hijo del marqués ciertas composiciones poéticas y la recopilación de un cancionero. La acumulación de informaciones en este capítulo es tal que se pueden entrever futuras investigaciones en las que profundizar en la riqueza literaria de la familia.

Aunque en muchos aspectos el mundo cultural y artístico en el que se movieron los marqueses de Las Navas fuera de claro signo humanista y renacentista, los autores remarcan de manera muy pertinente la estela medieval en la que navegan los protagonistas. La inercia caballeresca se manifiesta a lo largo de las inquietudes de Pedro Dávila y eso se proyecta en el vasto patrimonio que acumuló. Eso nos lleva al último apartado que queremos comentar, y que es la adopción, uso e in-

2. Pueden verse estadísticas y casos comparativos en varios trabajos: Díez Borque, Bustos y Di Pinto (2015), así como en Díez Borque y Díez Ménguez (2016).

interpretación de distintas divisas del mundo medieval y caballeresco y que se resumen en el *topos* poético del «poco es morir por vos» (pp. 79-82 y 154-164). La descripción que hacen los autores de Pedro Dávila, su hermano Luis y sus hijos como caballeros —participando en torneos y justas en Milán y Bruselas— concuerda a la perfección con el uso y adopción de las divisas relacionadas con el triunfo sobre la muerte y la victoria del amor cortés. En ello se basa el análisis iconográfico desarrollado en el último capítulo del libro (pp. 145-152). Partiendo de la base de que todo lo mencionado por los autores en dicho cuarto capítulo es pertinente y necesario para entender su estudio, queremos aportar una noticia que se pasa por alto que puede terminar de cerrar el círculo trazado: si bien los autores determinan que la divisa “poco es morir por vos” puede tener su origen en la lectura de tratados tan relevantes como la *Hieroglyphica* de Horapolo (p. 79), existe un precedente literario que nos parece más relevante, por ser muy anterior cronológicamente, pero sobre todo porque tiene una relación directa con la familia Dávila. En 1494 Antonio de Nebrija dedicó a Juan de Zúñiga —pariente de Pedro Dávila y Zúñiga— su edición del *Dictionarium ex hispaniensi in latinum*. En su prólogo, el autor no duda en identificar su texto y su destinatario con la “divisa” platónica “non solum nobis nati simus”, es decir, ‘no hemos nacido solo para nosotros’.³ Esta expresión se encuentra en el origen del espíritu de vida del amor cortés, por lo que muy probablemente sea también el punto de partida literario e intelectual del poético “poco es morir por vos”. La voluntad de retratarse en una lauda sepulcral y pasar a la eternidad son sinónimos de una declaración de intenciones, que es vencer a la muerte y por ello nos parece convincente el vínculo tan directo entre la familia Dávila y la obra de Nebrija, donde se encuadra perfectamente el relato amoroso expuesto por Parada y Palacios. La lectura de la divisa familiar, desde esta interpretación “platónico-nebrisense” puede llevar a nuevas investigaciones y a contextualizar y profundizar aun más en la colección y los intereses bibliófilos de los Dávila, por ejemplo, poniendo en valor el papel —que intuimos muy relevante— de la marquesa de las Navas.

Finalmente, debemos dejar constancia de dos aspectos complementarios al texto, pero absolutamente imprescindibles: por un lado, un gran corpus de imágenes; por otro, una relación bibliográfica profusa, interdisciplinar y bien definida que sin duda da cuenta del dominio de los autores en lo relativo al coleccionismo de los marqueses de las Navas, y que ayudará a desarrollar futuras investigaciones. No hay ninguna duda de que este trabajo de Parada y Palacios pasará a formar parte de los estudios imprescindibles que toda biblioteca e investigación dedicada a la historia del anticuariado deberá tener en cuenta a partir de ahora.

3. La cita y su traducción están sacadas de González Vega (2003), especialmente de la p. 151, donde el autor aporta bibliografía sobre el tema.

Bibliografia

- ARIAS MARTÍNEZ, Manuel (dir.), *Hijo del Laocoonte. Alonso Berruguete y la Antigüedad pagana*, Madrid, Museo Nacional de Escultura, 2017.
- DÍEZ BORQUE, José María (dir.), Álvaro BUSTOS y Elena DI PINTO (eds.), *Bibliotecas y librerías en la España de Carlos V*, Madrid, Calambur, 2015.
- (dir.), e Isabel DÍEZ MÉNGUEZ (ed.), *Bibliotecas y clase social en la España de Carlos V (1516-1556)*, Gijón, Ediciones Trea, 2016.
- DUPRÉ, Xavier, “Mariangelo Accursio: un humanista italià a la Catalunya de principis del segle XVI”, en *Miscel·lània arqueològica a Josep M. Recasens*, Tarragona, El Mèdol, 1992, pp. 45-56.
- GONZÁLEZ VEGA, Felipe, “Indicios de una determinación del lector implícito en el comentario literario de Antonio de Nebrija y otros humanistas de su tiempo”, *Silva. Estudios de humanismo y tradición clásica*, núm. 2 (2003), pp. 147-169.
- GUZMÁN ALMAGRO, Alejandra, Xavier ESPLUGA, i Maria AHN (eds.), *Pere Miquel Carbonell i el seu temps (1434-1517)*, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 2016.
- NOGUERA CELDRÁN, José Miguel, “El sarcófago romano de Gil Rodríguez de Junterón (Murcia, España): avatares de un pretendido reemplazo anticuario”, en Montserrat Clavería Nadal (ed.), *Antiguo o moderno. Encuadre de la escultura de estilo clásico en su período correspondiente*, Bellaterra, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 2013, pp. 81-105.
- SETTIS, Salvatore, *Memoria dell'antico nell'arte italiana*, 3 vols., Turín, Einaudi, 1984-1986.
- TOLDRÀ, Maria, “La producció literària del tortosí Francesc Vicent, prior de Tarragona i diputat del General (m.1523)”, *Recerca*, núm. 7 (2003), pp. 265-302.

